

La vigencia del marxismo

Araceli Damián*

La discusión intelectual sobre el acontecer económico ha estado dominada desde principios de los años ochenta por el pensamiento neoliberal. La crisis de los setenta conllevó el desprestigio del pensamiento keynesiano. De manera paralela, los intelectuales marxistas vivieron una decepción por la experiencia estalinista y post estalinista, que se caracterizaba por la falta de libertades, el control político y la represión del pensamiento crítico. Todo ello llevó a un debilitamiento del pensamiento marxista, sobre todo en Europa y los Estados Unidos.

En América Latina también se abandonó el pensamiento marxista, el cual había experimentado un auge durante los sesenta y setenta, a través de intelectuales plantearon esquemas de análisis alternativos de la realidad social, tales como el enfoque desarrollista y el de la desigualdad basada en la dicotomía centro-periferia. Con la crisis de los ochenta, la caída del muro de Berlín y del socialismo realmente existente, y el poder que ejercieron organismos internacionales sobre los países latinoamericanos que se encontraban fuertemente endeudados, se modificaron las bases sobre las cuales habían florecido la reflexión marxista y el pensamiento crítico.

El financiamiento de los proyectos en las universidades públicas estuvo cada vez más condicionado a seguir la agenda de los organismos internacionales; por otra parte, se fomentó la enseñanza con fines “prácticos” encaminados al mercado, y las escuelas de economía modificaron ansiosamente sus programas para incluir el pensamiento neoliberal, tachando de anticuado y retrógrado al marxista.

Pero la crisis financiera actual ha puesto en evidencia que los principios a ultranza de libre mercado no son el medio para lograr que la economía funcione de manera acorde con las necesidades humanas. Es precisamente en estos momentos cuando cobra sentido preguntarnos si todavía son vigentes los planteamientos marxistas.

Éste fue el tema que se trató en la segunda mesa del ciclo organizado por la Fundación Heberto Castillo, “La Crisis Capitalista Mundial Actual”, en el que participaron Luis Arizmendi, Armando Bartra y Julio Boltvinik. Este último retomó la

explicación de Carlos Marx sobre la Ley de la tendencia descendente de la tasa de ganancia, producida por el desarrollo tecnológico que el propio capitalismo promueve aceleradamente. Ésta depende de la tasa de plusvalía (que es el cociente entre la plusvalía y el valor de la fuerza de trabajo, que Marx llamó capital variable: P/V) y de la proporción entre el capital constante (C, maquinaria, inmuebles y equipo) y el capital total ($C/C+V$), que Marx denominó la composición orgánica del capital.

Dado que la única fuente de valor es el trabajo humano, a medida que se desarrolla la tecnología se incrementa la composición orgánica del capital y la tasa de ganancia ($P/C+V$) tiende a bajar, a menos que sea compensada por un alza en tasa de plusvalía. Sin embargo, en la medida en que el capitalismo se amplíe, mediante la transformación de formas precapitalistas de producción, la masa absoluta de ganancia o plusvalía puede crecer aunque la tasa se reduzca.

Pero el capitalismo tiene límites. De acuerdo con Boltvinik varios autores han planteado que éstos comenzaron a hacerse evidentes desde la década de los setenta, y su manifestación más clara fue la crisis que desató el aumento de los precios del petróleo. Los límites del capitalismo están determinados por la tasa de ganancia, que a su vez depende de los salarios. Cuando éstos suben (cómo sucedió en los setenta), la tasa de ganancia baja y el capital deja de invertirse productivamente. Pero como el capital requiere, para ser capital, invertirse de nuevo, comienzan a desarrollarse las famosas burbujas financieras.

Por otra parte, cuando los salarios son muy bajos, la población no tiene recursos para adquirir los bienes producidos, lo que deriva en una sobreproducción y, una vez más el capital deja de invertirse productivamente. De acuerdo con lo expuesto por los tres ponentes de la mesa, en la actualidad existe una crisis de sobreproducción de capital (que no cuenta con oportunidades lucrativas de inversión) y de mercancías.

Esta crisis se agudizó debido a que, ante la falta de compradores, el capital ofreció créditos al consumo de manera exorbitante (aun entre los consumidores de bajos ingresos), mecanismo que se acompañó con la bursatilización de la deuda,

logrando así mantener una aparente prosperidad vendiéndose unos a otros la deuda.

Pero como el dinero no es una mercancía, y no puede producir valor, excepto mediante el uso de la fuerza de trabajo, estas innovaciones financieras que crean lo que se ha llamado capital ficticio, llevaron a la crisis inmobiliaria-financiera y económica que ahora nos aqueja. Esta situación se ve agravada debido a que la estrategia seguida para contrarrestar los altos niveles salariales de los setenta fue desvalorizar la fuerza de trabajo, reduciendo sistemáticamente su poder adquisitivo, por lo que ahora el capital se enfrenta a una masa de trabajadores que no tienen cómo adquirir sus productos, y tampoco pueden pagar sus enormes deudas.

Los invito a la última mesa del ciclo, titulada “Efectos económicos y sociales de la crisis mundial en México ¿Qué hacer?”, que se llevará a cabo el jueves 12 a las 18 horas en el Centro Cultural Veracruzano (Miguel Ángel de Quevedo, 687, Coyoacán).

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx